



Regresa el sarampión

Los brotes de esta enfermedad constituyen una amenaza continental que obliga a tomar medidas comunes.

Nada más alarmante que el resurgimiento de una enfermedad de fácil contagio y que se creía controlada, como ocurre con el sarampión en el continente americano. De hecho, ese mal, prevenible con una vacuna, en lo corrido del año ha hecho presencia en nueve países del área, con Venezuela a la cabeza (152 casos), seguido de Brasil (14), Estados Unidos (13), Canadá y México (4), Perú y Colombia (2) y Antigua Bermuda y Guatemala, cada uno con un evento.

Este recuento es grave si se tiene en cuenta que en septiembre de 2016, la Organización Panamericana de la Salud (OPS) declaró que las Américas se habían librado de dicho mal. Tal vez por la confianza que da este anuncio, se pasó por alto que en el 2017 hubo indicios significativos de que el virus podría volver a hacer estragos al afectar durante ese período a más de 720 personas en Venezuela (dos de ellas con desenlaces fatales), al dejar en EE. UU. 120 casos, en Canadá 45 y en Argentina 3, como señales de que el problema podía empeorar si no se tomaban medidas específicas.

Y aunque la OPS ha hecho llamados a los países para que se refuercen las iniciativas sanitarias, lo cierto es que apenas el viernes pasado, y ante el irrefutable aumento de afectados, la OPS pasó de estas recomendaciones formales a manifestar lo que podría ser una verdadera alerta epidemiológica que merece toda la atención desde un contexto internacional.

Todo porque esta situación tiene, lamentablemente, un origen común claramente identificado: la diseminación del genotipo D8 del virus del sarampión, el mismo que circula en Venezuela entre la población no vacunada.

De ahí la confirmación de que la mayoría de los casos, por no decir todos, de sarampión reportados oficialmente en otros países son de personas procedentes de ese país. Tal es la situación de Colombia, que contabiliza dos niños foráneos afectados y en donde, gracias a las coberturas efectivas de vacunación y a los cercos sanitarios, se han impedido la propagación del virus y la presencia de casos autóctonos. Pero el mismo Instituto Nacional de Salud (INS), que merece el reconocimiento por la tarea realizada en este escenario, manifiesta que, de no tomarse medidas contundentes en el país vecino, la situación puede desbordarse, con consecuencias fatales.

No se trata de culpar a los venezolanos; sí, por el contrario, de solidarizarse con ellos, no solo desde el ámbito colombiano, que ha cumplido con vacunar a casi 50.000 migrantes y



Universidad del Valle

Facultad de Salud - Grupo de Comunicaciones



Sala de Prensa

sigue atendiendo a la población en riesgo, sino de invocar el concurso internacional para emprender acciones sanitarias directas en los focos epidémicos de ese país. Por encima de cualquier consideración política, los organismos internacionales de salud y las ONG pertinentes deben desplegar acciones humanitarias en este sentido.

El asunto no da espera. La Organización Panamericana de la Salud, desde su sede regional en Washington, debería liderar el proceso con la premisa de que si no lo hace, promueve a Venezuela como una amenaza para la salud continental en la que el sarampión es apenas una entre muchas enfermedades que podrían evitarse. Declarar la alerta sanitaria regional sería un buen primer paso.

Diario El Tiempo, 21 de Marzo de 2018. Página 1.14